Lois Valsa

De Chernóbil al Coronavirus

En torno a *Voces de Chernóbil*, SVETLANA ALEXIÉVICH

Traducción: Ricardo San Vicente.1ª edición en DeBolsillo, Duodécima reimpresión: julio de 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2015.

La oficina turística de Kiev les ofrece un viaje a la ciudad de Chernóbil y a las aldeas muertas. Se ha elaborado un itinerario que empieza en la ciudad muerta de Pripiat (a modo de Epílogo con materiales extraídos de periódicos bielorrusos, 2005).

En estos momentos de plena pandemia quiero traer al presente esta importantísima obra, del año 2005, de la reconocida autora bielorrusa Svetlana Alexiévich (1948), tanto porque esta catástrofe que estamos viviendo me ha hecho recordar el terrible accidente nuclear de Chernóbil (1986) como porque su país, que también sufrió muy directamente las consecuencias de Chernóbil, está pasando por una situación dramática. Concretamente, la escritora, que forma parte del Comité de Oposición al dictador, ha estado amenazada de muerte y ha tenido que exiliarse en Berlín para no ser detenida, había pedido auxilio urgente a la UE y a todos los que quisieran escucharla. Este texto quiere ser una muy humilde respuesta a su petición de ayuda, además de un sincero homenaje a esta gran mujer y enorme escritora, merecido premio Nobel de Literatura 2015. Al tiempo, también me permite hacer una importante pregunta: si el accidente nuclear de Chernóbil fue un detonante de la caída de la URSS en aquel momento, ¿no será este virus, y los que vendrán según un Informe reciente de la ONU, un posible detonante de la caída del Capitalismo? Según ese Informe, "en la naturaleza existen actualmente entre 540.000 y 850.000 virus desconocidos que pueden infectar a las personas con enfermedades zoonóticas que pueden saltar de los animales a los humanos" *(La Voz de Galicia*, 30/10/2020).

Este, muy difícil de clasificar, ensayo-crónica-novela lleva el muy significativo subtítulo de "Crónica del futuro", y es una más de sus obras en las que nos ofrece un retrato profundamente meditado sobre la antigua Unión Soviética de la que formaba parte Bielorrusia (Belarús en su denominación oficial bielorrusa), y de las secuelas que ha dejado el desmembramiento de la URSS en sus antiguos habitantes. Alexiévich ha cultivado así un original género literario que denomina "novelas de voces", que abarca desde la Revolución hasta Chernóbil y la caída del imperio soviético, en las que el narrador o narradora es un hombre o mujer corriente o sea aquel que no tiene voz y que puede llevarse su historia a su tumba. He de señalar que esta obra la he leído dos veces y que no es nada fácil el leerla seguido porque es estremecedora. Su lectura, además, la he hecho al tiempo que otra obra suya, "La guerra no tiene rostro de mujer", también muy importante (con partes censuradas en 1985, reescrito en 2002 con los fragmentos tachados por la censura y material que no se había atrevido a usar en la primera versión, ed act. 2008), en la que da voz a las mujeres que combatieron en las filas del Ejército Rojo (casi un millón) durante la Segunda Guerra Mundial, pero cuya historia no había sido contada. En este libro, otra obra estremecedora, reúne los recuerdos de cientos de ellas en una historia de hombres y mujeres en guerra.

La autora es, pues, una conocida periodista, ensayista y novelista, cuya obra ha sido traducida a más de veinte idiomas y ha obtenido variados galardones en diferente países.

Entre ellos destacan el Premio Ryszard Kapuscinski de Polonia (1996), el Premio Herder de Austria (1999), el Premio Nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos (2006), precisamente por esta obra que estoy comentando, el Premio Médicis de Ensayo en Francia por *Tiempo de segunda mano* (2013), el Premio de la Paz de los libreros alemanes (2013), además del Premio Nobel de Literatura (2015), "por sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y al coraje de nuestro tiempo" (Academia Sueca). Alexiévich trata en sus libros de acercarse sobre todo a la dimensión humana de los hechos a través de una yuxtaposición de testimonios individuales, a veces coral, en forma de "collage", que acompaña al lector y a la propia escritora en su "descenso al infierno". Así llegamos a palpar y a sentir los terribles hechos con una intensidad difícil de lograr con otra escritura. "Voces de Chernóbil" (1997, ed. Act. 2005) está así planteada como si fuera una tragedia griega, con unos coros y unos héroes marcados por un destino fatal, pero sin posibilidad de catarsis. En sus curiosos monólogos nos muestra tanto la incompetencia de los dirigentes como el heroísmo de los "liquidadores", tanto el dolor y el sufrimiento de las víctimas como el fluir de la vida cotidiana.

A la primera parte del libro (son tres partes) la titula con un buen fundamento "La tierra de los muertos". Antes, no tiene desperdicio la lúcida "Entrevista de la autora consigo misma sobre la historia omitida y sobre por qué Chernóbil pone en tela de juicio nuestra visión del mundo". Al comienzo de la obra la autora ya había puesto una nota histórica, a través de textos de periódicos y de Internet, entre 2002 y 2005, que contextualiza muy bien el problema: "A los bielorrusos aún nos queda contar nuestra historia". Porque "todos conocen Chernóbil pero en lo que atañe a Ucrania y Rusia", añade. Y aclara que Belarús para el mundo es una "terra incognita"-tierra ignorada-, aún por descubrir ("Rusia Blanca" suena más o menos el nombre del país en inglés). Para reconstruir esa historia se sitúa en el 26 de abril de 1986, a las 1h 23 m 5s, momento en el que una serie de explosiones destruyeron el reactor y el edificio del cuarto bloque energético de la Central Eléctrica Atómica (CEA) de Chernóbil situada cerca de la frontera bielorrusa. Lo que sí se sabe es que Chernóbil (significa "negra realidad") se convirtió en el desastre tecnológico más grande del siglo XX pero lo que no se sabe es que para Belarús (con una población de 10 millones de habitantes) representó un cataclismo nacional, si bien los bielorrusos no tienen ni una sola central atómica en su territorio.

Belarús sigue siendo un país agrícola con una población eminentemente rural que ya había sido muy castigada por la invasión nazi que destruyó 619 aldeas y a sus pobladores. Aproximadamente uno de cada cuatro bielorrusos había muerto en la Segunda Guerra Mundial, un porcentaje mayor que en cualquier otro lugar. Después de Chernóbil, perdió 485 aldeas y pueblos. Setenta de ellos están enterrados bajo tierra para siempre. Hoy uno de cada cinco habitantes vive en un territorio contaminado. Se trata en total de 2 millones 100.000 personas de las que 700.000 son niños. En conjunto en Ucrania se ha contaminado el 4,8% del territorio, en Rusia el 0,5 % y en Bielorrusia el 23 %. Cada año ha ido creciendo, pues, el número de enfermos de cáncer así como otras personas con deficiencias mentales, disfunciones neuropsicológicas y mutaciones genéticas (muchas de ellas y sus terribles manifestaciones aparecen a lo largo de la obra). En Belarús las enfermedades se han multiplicado por 74. De todas formas muchas cifras se mantienen en secreto: tan monstruosas son. El juicio que se hizo para dilucidar responsabilidades se llevó a cabo sin testigos, sin cámaras ni periodistas extranjeros. Además, no se había dado ninguna información ya que entraba en la categoría de secretos oficiales "ultrasecretos".

El sarcófago se había construido de manera precipitada y los técnicos habían monta-

do la instalación a distancia de forma que las planchas se unían con ayuda de robots y de helicópteros; de ahí que hubiese grietas. Por lo tanto todo el mundo puede comprender que la destrucción del "refugio" (el cuarto reactor) daría lugar a unas consecuencias aún más terribles que las que se produjeron en 1986. Porque todo se construyó "a la soviética", a diferencia, por ejemplo, de los japoneses levantaban instalaciones cómo estas en doce años y aquí lo hicimos sólo en dos o tres años. Hoy con el virus vemos como se construyen en poquísimo tiempo hospitales "a la china" o, por imitación, "a la madrileña". Luego, en Ucrania se construyó, sobre el sarcófago que cubrió en 1986 el destruido cuarto bloque, un nuevo refugio que se llamó "Arca", una instalación sin precedentes en la historia de la humanidad que debía durar cien años. El propósito primario del nuevo sarcófago seguro era el "confinamiento" de residuos radiactivos sólidos porque el del edificio de contención de reactores sería para los gases. Su colocación estaba prevista para noviembre de 2017 pero las autoridades ucranianas responsables del proyecto decidieron retrasar la ejecución de la fase final hasta mayo de 2018.

En aquel momento nadie escuchaba (ahora tampoco mucho) a los científicos ni a los médicos y la ciencia se supeditaba a la política como ahora en España. No les preocupaba la gente sino sus ascensos en Moscú y su propio poder. En el Politburó hablaban de Chernóbil como si se tratase de un accidente común y corriente y la reacción frente al accidente fue más bien militar como si de una guerra se tratase. La respuesta al virus también se ha militarizado hasta en sus términos y también se habló de guerra. En estos casos la prioridad de la vida humana se reduce a cero. Allí se planteó como ahora el dilema mal planteado (propio del modelo "productivista", estalinista allí y ultraliberal capitalista aquí, que nos está llevando al colapso) entre economía (los planes) y vida (salvar vidas humanas). Cuando creo que debe estar claro que primero es la vida, o sea vencer el virus como han resuelto muy bien en Corea del Sur o en Nueva Zelanda. Como ha señalado, en una reciente entrevista (El Mundo, 01/11/2020), el reconocido gestor sanitario Rafael Bengoa (Caracas, 1952), "esa necesidad de encontrar un equilibrio que se plantea entre salud y economía es una trampa mental en la que no hay que caer. Si no controlamos el virus, tampoco podremos salvar la economía ni controlar todas las demás crisis". Al tiempo propone medidas más drásticas.

Bielorrusia se convirtió así a partir de aquel momento en un laboratorio internacional para una investigación científica en el centro de Europa. "Hay que reconocer que nadie se creía lo que había sucedido. ¡Ni los científicos se lo podían creer¡ Nunca hubo un caso similar. No sólo en nuestro país sino en todo el mundo" (página 340). Además, las voces de sus víctimas fueron silenciadas durante muchos años en la antigua URSS (su eterno dictador Lukashenko es un viejo protegido del presidente Putin). Recientemente, en The New Yorker, se publicó un poema de Valzhyna Mort, nacida en Minsk, que habla del pasado de Bielorrusia y de su legado: "un reguero de tumbas, fosas y pueblos calcinados" (Marta Rebón, "La protesta tiene nombre de mujer", El País", 05/09/2020). En la magnífica "entrevista de la autora consigo misma sobre la historia omitida y sobre por qué Chernóbil pone en tela de juicio nuestra visión del mundo" (páginas 43 a 56), después de aclarar que este libro no trata sobre Chernóbil sino sobre el mundo de Chernóbil, señala que, en este sentido, "Chernóbil ha ido más allá que Auschwitz y Kolimá, más allá que el Holocausto. Nos propone un punto final. Se apoya en la nada" (página 53). En suma: Chernóbil es un enigma que aún debemos descifrar en el siglo XXI. Un signo que no sabemos leer y todo un reto para nuestro tiempo accidentado.

La autora de esta inmensa obra ha escrito este libro durante casi veinte años. Para lle-

var a cabo este enorme trabajo de investigación se ha encontrado y ha hablado con la gente más variopinta: con ex trabajadores de la Central, con científicos, médicos, soldados, evacuados, residentes ilegales en zonas prohibidas… Estas personas contaban, buscaban respuestas. Reflexionábamos juntos: "Apunte usted -me decían- No hemos comprendido todo lo que hemos visto, pero que queden nuestras palabras. Alguien las leerá y entenderá. Más tarde. Después de nosotros…" (página 47). Tenían prisa por comunicar su mensaje antes de llevarlo a la tumba. La escritora concluye: "Pero les dio tiempo a mandar la señal... y yo asistí así a cómo el hombre anterior a Chernóbil se convirtió en el hombre post Chernóbil". En más de una ocasión le ha parecido estar anotando el futuro: con Chernóbil se cuestionó el progreso tecnológico como modelo nuclear y atómico. Todo lo que conocemos de los horrores y temores tienen más que ver con la guerra. El gulag estalinista y Auschwitz son recientes adquisiciones del mal. La historia siempre ha sido un relato de guerras y de caudillos, y la guerra constituye la medida del horror. Por eso, la gente confunde los conceptos de guerra y catástrofe. Esto pasó en Chernóbil y ha pasado ahora con el coronavirus (por cierto, la segunda parte del libro se titula "la corona de la creación").

El mundo de Chernóbil fue una catástrofe de la conciencia como ahora el mundo del virus con el que, aunque con diferencias, existen muchas concomitancias. Estamos ahora ante una verdadera catástrofe sanitaria, social, económica, cultural, política, psicológica, personal y colectiva, que ha lo mejor y lo peor del ser humano. Después de la pandemia ya nada será igual en el mundo "post" pandemia. De nuevo, el mundo de nuestras convicciones y valores ha saltado por los aires en la "Nueva Normalidad". Pero no hay que olvidar, además, que esta pandemia es sólo el prólogo del CAMBIO CLIMÁTICO: ¿Si no somos capaces de frenar el virus cuyos efectos directos vemos cómo vamos a ser capaces de frenar algo que es más lento y cuyos efectos no están tan visibles? Según los científicos de la Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios de los Geosistemas (Ipbes) que elaboró el Informe de la ONU, "las mismas actividades que impulsan el cambio climático y la pérdida de biodiversidad también generan riesgo de pandemia a través de sus impactos en el medio ambiente". Si el ser humano no cambia urgentemente su relación con el medio natural, las pandemias serán algo recurrente en el futuro. La pandemia del Covid-19 es la sexta desde 1918. Rafael Bengoa concluye que "no se ha aprendido nada de la primera oleada. Cuando se cae un avión, se produce un accidente nuclear o tenemos un error clínico, hay que investigar las causas… no quién es el culpable sino qué ha pasado. Luego vendrá un informe más pausado y un análisis más profundo en el que se plantean cambios estructurales". Ni se hizo en el accidente nuclear de Chernóbil ni se ha hecho aquí después de la primera oleada del coronavirus. Así se sobrevive artificialmente a la parte económica: simplemente se trató de "salvar el verano" como ahora se habla de "salvar la Navidad", y luego vendrá una tercera oleada. "Aumento de casos, confinamiento, los números bajan, se libera el confinamiento, suben, se vuelve de nuevo a él.. como una especie de efecto yoyó", como señala en otra entrevista (El País, 06/11/2020) David Nabarro, Londres, 71 años, enviado de la OMS para la Covid-19 en Europa, quien también defiende medidas más drásticas y que la salud pública es tan importante, junto a la generalización de los comportamientos poblacionales. Además, el virus no sabe de fronteras, edades ni ideologías y no puede haber desunión política porque empeora la situación. Nos enfrentamos a problemas muy complejos derivados del cambio climático por lo que vamos a necesitar políticos más formados en la gestión de problemas malestructurados que busquen soluciones.